

SALIR AL ENCUENTRO DE QUIEN SUFRE: UNA OPORTUNIDAD DE DESARROLLO PERSONAL

El dolor como factor estructural de nuestra personalidad

Paola Binetti*

Introducción

“No cedáis a la tentación de considerar el dolor como una experiencia sólo negativa, hasta el punto de dudar de la bondad de Dios. En Cristo todo enfermo encuentra el significado de sus propios padecimientos. El sufrimiento y la enfermedad pertenecen a la condición del hombre, criatura frágil y limitada, marcada desde el nacimiento por el pecado original. Sin embargo en Cristo, muerto y resucitado, la humanidad descubre una nueva dimensión de su sufrimiento: en lugar de como un fracaso, éste se le revela como la ocasión para dar un testimonio de fe y de amor”.¹

A pesar de que los términos de dolor y sufrimiento no sean sinónimos, en esta presentación los utilizaré indistintamente, teniendo en cuenta que el sufrimiento está relacionado con toda la persona y

* Médica. Directora del Centro de Educación Médica. Profesora de Psicopedagogía y Coordinadora del Curso Integrado de Ciencias Humanas Fundamentales. Profesora de Psicología Clínica en el curso integrado de Metodología Clínica en las carreras de Enfermería Universitaria y Medicina, en el *campus* Biomédico de Roma.

¹ Juan Pablo II. *Mensaje para la jornada mundial del enfermo*, Fátima 1997.

se conecta además con otros factores: personalidad, actitud ante las dificultades de la vida, tono espiritual del sujeto, etc. Es algo que afecta no sólo a la persona que lo padece sino también a su entorno, a su familia, a quienes le acompañan. El dolor y el sufrimiento están presentes en toda la vida humana, por este motivo los hombres han siempre buscado una explicación a su sentido, sabiendo que el dolor puede conducir tanto al egoísmo como a la generosidad, al mayor conocimiento de las limitaciones existenciales por un lado y de sus posibilidades espirituales por otro.

Frente al dolor el hombre oscila entre dos comportamientos contrastantes: por un lado se siente víctima y cuestiona su significado, por el otro se siente culpable y lo vive como un castigo. La relación que existe entre sufrimiento y culpa es muy antigua² y pone al hombre en contacto con Dios, acercándolo o alejándolo de Él.³ El magisterio de Juan Pablo II invita a superar este dilema, trazando un itinerario de fe que pasa a través del dolor –etapa obligatoria– y termina en la contemplación del amor omnipotente de Dios.⁴ En esta misma lógica sobrenatural el Fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá,⁵ invita a ver el valor positivo del dolor para colocarlo en su justa perspectiva y subraya que la vida del cristiano no termina en el encuentro con el dolor, sino en la posibilidad de contemplar a Dios cara a cara: “Esta lucha del hijo de Dios no va unida a tristes renunciaciones, a oscuras resignaciones, a privaciones de alegría: es la reacción del enamorado, que mientras trabaja y mientras descansa, mientras goza y mientras padece, pone su pensamiento en la persona amada, y por ella se enfrenta gustosamente con los diferentes problemas.”⁶

² Lewis, C. S. *El problema del dolor*, Madrid, Rialp, 1994, p. 93.

³ Juan Pablo II. Carta Apostólica *Salvifici Doloris*, 11-II-1984, n. 9.

⁴ Juan Pablo II. Carta Apostólica *Salvifici Doloris*, cit., n. 14.

⁵ Berglar, P. *Opus Dei*, Milan, Ed. Rusconi, 1987, p. 284.

⁶ Escrivá de Balaguer, J. *Amigos de Dios*, Madrid, Rialp, 1977, n. 219.

1. El sufrimiento en el proceso de formación de la personalidad: madurez personal y coherencia con los propios ideales

Para formar a una persona es imprescindible estar dispuesto a sufrir y hacer sufrir si se quiere ayudarle a alcanzar el fin específico de toda tarea educativa: adquirir madurez personal y coherencia con sus propios ideales, para ser realmente feliz. La responsabilidad de aquellos que están comprometidos bajo distintas responsabilidades en el campo de la educación, pone en evidencia la necesidad de crear, en primer lugar, una relación de afecto y de confianza con las personas de las cuales se ocupa, porque sólo en este clima es posible motivar y corregir sin herir. Cariño y fortaleza eran las dos cualidades que el Beato Josemaría en su honda experiencia personal de formador sugería a padres y profesores para tratar a los chicos.

El trabajo de educar se desarrolla constantemente en esta doble dimensión, que por un lado trata de promover la capacidad de la persona respetando su estilo específico, y por el otro trata de modificar aquellos rasgos de su personalidad que contrastan con el proyecto de vida que libremente han elegido en el ámbito familiar, social y profesional. A quienes se desempeñan en este ámbito es claro que no es posible educar sin tener que decir “no”. Un “no”, que puede ser percibido como una exigencia excesiva con relación a la propuesta educativa, o como una limitación de una cierta natural espontaneidad. Ambos aspectos del trabajo de capacitación, el propositivo y el contenitivo, pueden causar en un primer momento sufrimiento; sólo con el pasar del tiempo manifiestan su total eficacia. El Beato Escrivá, hablando de la formación del carácter, indispensable para aprender a autocontrolarse y a tener una seguridad personal, sugiere: “Acostúmbrate a decir que no”. Y agrega luego: “Voluntad. Es una característica muy importante. No desprecies las cosas pequeñas, porque en el continuo ejercicio de negar y negarte en esas cosas —que nunca son futilidades, ni naderías— fortalecerás, virilizarás, con la gracia de Dios, tu voluntad, para ser muy señor de ti mismo, en primer lugar. Y, después, guía, jefe, ¡caudillo! . . . , que obligues, que empujes, que arrastres, con tu ejemplo

y con tu palabra y con tu ciencia y con tu imperio”.⁷

A aquellos padres que quisieran evitar a sus hijos el contacto con el sufrimiento en sus múltiples manifestaciones,⁸ les recuerda que sólo en la recíproca donación: “... toda la vida se llena de una bendita locura, que hace encontrar felicidad donde la lógica humana no ve más que negación, sufrimiento, dolor”.⁹ En su sabiduría pedagógica el Beato tuvo presente –como sucede tantas veces– que detrás del deseo de no hacer sufrir a los hijos se esconde el deseo de huir del propio dolor: “Se esconde una gran comodidad –y a veces una gran falta de responsabilidad– en quienes, constituidos en autoridad, huyen del dolor de corregir, con la excusa de evitar el sufrimiento a otros”.¹⁰ Por otra parte el sufrimiento es un ingrediente irrenunciable en cada proyecto educativo serio que exige al educador una justa dosis de comprensión y de fortaleza. “La práctica de la corrección fraterna –que tiene entraña evangélica– es una prueba de sobrenatural cariño y de confianza. Agradécela cuando la recibas, y no dejes de practicarla con quienes convives”. Y luego añade: “Al corregir, porque resulta necesario y se quiere cumplir con el deber, hay que contar con el dolor ajeno y con el dolor propio. Pero que esa realidad no te sirva nunca de excusa, para inhibirte”.¹¹ Antes había precisado: “Por eso, cuando hayas de corregir, hazlo con caridad, en el momento oportuno, sin humillar (...), y con ánimo de aprender y de mejorar tú mismo en lo que corrijas”.¹²

El conocimiento de los propios límites y la experiencia concreta de la necesidad del otro representan, en el plano educativo, uno de los elementos más eficaces para la creación de relaciones de colaboración y de participación. El dolor no puede ser evitado, pero seguramente se atenúa si se comparte. Por este motivo es necesario enseñar y aprender a acompañar a los demás en todas las diferentes formas de dolor que experimentan en el arco de la propia vida y, cosa aún

⁷ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, Madrid, Rialp, 1976, nn. 5 y 19.

⁸ Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa*, Madrid, Rialp, 1976, n. 47.

⁹ Escrivá de Balaguer, J. *Surco*, Madrid, Rialp, 1986, n. 2.

¹⁰ Escrivá de Balaguer, J. *Forja*, Madrid, Rialp, 1987, n. 577.

¹¹ Escrivá de Balaguer, J. *Forja*, cit., nn. 566 y 567.

¹² Escrivá de Balaguer, J. *Forja*, cit., n. 455.

más difícil, es necesario aprender a dejarse acompañar por el otro cuando uno se encuentra cara a cara con el propio sufrimiento, evitando encerrarse en sí mismo. Mi dolor y el dolor del otro pueden ayudarnos a evitar el riesgo del individualismo y favorecer la disposición a una relación de mutuo cuidado que evidencia las mejores cualidades del hombre porque resalta la capacidad de amar: “Es un tesoro grande y maravilloso este amor fraternal, que no se queda sólo en un consuelo –necesario muchas veces–, sino que transmite la seguridad de tener a Dios cerca, y se manifiesta por la caridad de los que nos rodean y con los que nos rodean...”¹³

Educar el dolor y por medio del dolor, significa aprender a reconocer su sentido, no en abstracto sino en lo concreto de la vida cotidiana. Las respuestas genéricas son insuficientes para enfrentar el contacto con el dolor. Cuando éste aparece en nuestra vida, no permite ningún tipo de fuga en el anonimato de una reacción exclusivamente intelectual, aunque a veces consiente una escapatoria transitoria en la distracción o en la remoción. La principal particularidad del dolor humano es aquella de proponer constantemente el frecuente interrogante existencial: “Por qué, por qué a mí, por qué ahora...”¹⁴ Con la experiencia del dolor aprendemos a ser más atentos con los demás: se puede decir que el dolor constituye el punto discriminante entre un desarrollo maduro y equilibrado de la personalidad, y una personalidad encerrada en sí misma. La familia en este sentido se ofrece como el contexto más adecuado, en el que nadie está solo, porque la familia subsiste sólo en la medida en la cual es capaz de tejer día a día su red de relaciones, ricas de calor humano, fuertes y flexibles al mismo tiempo, para asegurar a cada uno toda la ayuda que necesita en las distintas etapas de la vida, sobretodo cuando el dolor y el sufrimiento se hacen presentes.

Aprender a sufrir en familia ha sido para Escrivá un modo concreto de adquirir la madurez que otros obtienen después de mucho tiempo; cada vez que ha hablado del dolor lo ha hecho no como quien hace teoría, sino como quien puede verdaderamente invocar la experiencia personal

¹³ Escrivá de Balaguer, J. *Forja*, cit., n. 940.

¹⁴ Juan Pablo II. *Salvifici Doloris*, cit., n. 9.

enfrentada con coraje, con fe y con gran paciencia humana y sobrenatural. En efecto él ha contado siempre con el apoyo de su madre, de su hermana y de su hermano, sobretodo en los momentos de dificultad. Su madre y su hermana, sin vocación específica hacia el Opus Dei, ricas de un amor grande y generoso, le dieron una ayuda incondicional que caracteriza aún hoy el estilo familiar de los centros del Opus Dei. En los momentos de contradicción, cuando, humanamente hablando, todo parecía salir mal, y las persecuciones de los buenos, mucho más dolorosas que las otras, se hacían más pesadas, la madre estuvo a su lado, poniendo a su disposición todos los bienes de familia, sin pedir garantías de ningún tipo, con un amor total, aun más sorprendente en una viuda responsable de otros dos hijos. Más tarde, su hermana sacrificó sus proyectos personales, como el matrimonio, acompañando los planes de su hermano, seguramente divinos pero necesariamente coincidentes con los de ella, para asegurarle una presencia silenciosa, discreta y eficaz, pronta a responder a cualquier pedido sin reclamar nada a cambio.

Cualquier dolor se hace soportable cuando se tiene la certidumbre de no estar solo para enfrentarlo, y el Beato Josemaría Escrivá, tan amado por su familia, supo sacar de este amor la fuerza necesaria para enfrentar muchas contradicciones humanas y para encontrar el sentido del dolor: que está en el amor. La experiencia directa de una familia tan unida, dispuesta a cualquier sacrificio para sostener a sus miembros, representó para el Fundador del Opus Dei, desde su infancia, una imagen eficaz del clima humano de la Familia de Nazaret e hizo brotar en él una devoción mariana llena de confianza y de ternura. “No estás solo. –Ni tú ni yo podemos encontrarnos solos. Y menos, si vamos a Jesús por María, pues es una Madre que nunca nos abandonará.”¹⁵ Es difícil establecer hasta qué punto el Beato Josemaría le deba a su madre el amor hacia la Virgen y a su hermana el sentido de fraternidad que ha tratado de inculcar en todos sus hijos.

La experiencia directa de una fraternidad que en su persona se hizo holocausto, ha dejado sin duda una marca indeleble en su corazón: dificultades, contradicciones, todo es tolerable si hay unidad y fraternidad. “...no temas a los enemigos de fuera, por grande que sea su poder. –És-

¹⁵ Escrivá de Balaguer, J. *Forja*, cit., n. 249.

te es el enemigo imponente: tu falta de 'filiación' y tu falta de 'fraternidad'.¹⁶ La certeza del amor humano es esencial para afrontar las dificultades, de esta manera el dolor se hace itinerario pedagógico irrenunciable porque pone en evidencia el valor de las relaciones interpersonales que entretejen nuestra existencia, revelando su autenticidad o falsedad: "Tu caridad es... presuntuosa. –Desde lejos, atraes: tienes luz. –De cerca, repeles: te falta calor. –¡Qué lástima!"¹⁷

El modo en que termina este punto refleja todo el empeño puesto por el Beato Josemaría en educar –a las personas que estaban en su entorno– a vivir una fraternidad concreta y real, generosa y sacrificada, teniendo siempre presente que la indiferencia, la falta de amor y el egoísmo son las causas más profundas del dolor y del sufrimiento. Al mismo tiempo revela que no se puede conquistar la madurez personal sin este empeño concreto de brindar amor en todas las relaciones, ya que sólo éste las rinde efectivamente humanas. En su incesante catequesis, la relación entre el dolor y el amor es estrecha y la alegría acompaña siempre a los que aman sin substraerse al peso del dolor. "El Amor es también la fuente más plena de la respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento".¹⁸ "No olvides que el Dolor es la piedra de toque del Amor".¹⁹

La doble escuela del dolor y del amor nos permite obtener un conocimiento personal, profundo y articulado, capaz de alcanzar también los aspectos de nuestra personalidad que no nos gusta y que tratamos de negar. Podemos reconocer el mal cometido precisamente porque podemos expiarlo, reparando seriamente y con confianza las consecuencias de las acciones objetiva y subjetivamente no correctas. "Chocas con el carácter de aquél o del otro... Necesariamente ha de ser así: no eres moneda de cinco duros que a todos gusta. Además, sin esos choques que se producen al tratar al prójimo, ¿cómo irías perdiendo las puntas, aristas y salientes –imperfecciones, defectos– de tu genio para adquirir la forma reglada, bruñida y reciamente suave de la caridad, de la

¹⁶ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 955.

¹⁷ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 459.

¹⁸ Juan Pablo II. *Salvifici Doloris*, cit., n. 13.

¹⁹ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 439.

perfección?”²⁰ Cuando el hombre entra en la lógica del que desea hacer penitencia para reparar sus errores, sabe que no está solo, porque cuenta con el perdón de Dios. Sólo de este modo el hombre se puede aceptar plenamente: en la intimidad de su relación con Dios.

Otro momento en el que el hombre encuentra a menudo dolor y sufrimiento es en su trabajo.

El trabajo profesional tiene un valor esencial para el hombre, que ve en su propia realización profesional una fuente de satisfacción y al mismo tiempo una fuente de frustración de modo tal que a menudo se convierte en el escenario en que se inscriben éxitos y frustraciones, alegrías y sufrimientos. En la capacitación profesional es importante adquirir, además de la competencia específica, una serie de *life skills* que permita afrontar el trabajo con constancia, con espíritu de servicio, poniendo atención en aquellos detalles, muchas veces invisibles, que revelan la calidad real de aquello que estamos haciendo. “Insisto: en la sencillez de tu labor ordinaria, en los detalles monótonos de cada día, has de descubrir el secreto –para tantos escondido– de la grandeza y de la novedad: el Amor”.²¹

El trabajo es el ámbito privilegiado donde realizar los propios talentos e ideales y donde ponerse en juego; precisamente porque en este contexto el hombre es expuesto a fuertes desilusiones que pueden influenciarlo poniendo en peligro la imagen de sí mismo: desde la salud física que se encamina hacia un rápido deterioro, a la red de relaciones personales que pueden perder confianza y generosidad. Si no se acepta este sufrimiento es difícil mantenerse fieles a los propios ideales en el trabajo: no se trata sólo del sufrimiento que provoca el cansancio, de la dificultad intrínseca del deber asignado, de la lentitud con que muchas veces llegan los frutos del propio trabajo. El sufrimiento del cual se habla aquí es aquel que la presunción, la pereza y el oportunismo que muchas personas introducen día tras día en el propio trabajo y con los cuales es necesario aprender a convivir, sin aceptación pasiva pero sin agresividad estéril, tratando de mantener vivos los propios ideales, dispuestos a pagar personalmente por ser

²⁰ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 20.

²¹ Escrivá de Balaguer, J. *Surco*, cit., n. 489.

capaces de reconocer el sentido salvífico de este modo de manifestarse el dolor y el sufrimiento: “No me seas ‘teórico’: han de ser nuestras vidas, cada jornada, las que conviertan esos ideales grandiosos en una realidad cotidiana, heroica y fecunda”.²²

La grandeza de la vida cotidiana, con sus luces y sus sombras, representa el punto de referencia que cada uno de nosotros debe considerar, sin limitarse a estériles afirmaciones de principios, que muchas veces esconden el miedo de enfrentarse con la realidad, con sus dificultades y sus asperezas. Es propio del hombre tener ideales y conducir su vida para realizarlos: la vida de un hombre vale cuanto valen los ideales a los que aspira y la lucha concreta que ha puesto en juego para realizarlos. No se puede olvidar que “Ningún ideal se hace realidad sin sacrificio. —Niégate— ¡Es tan hermoso ser víctima!”.²³ En este esfuerzo para traducir los propios ideales en realidad concreta, el Beato Josemaría recuerda que el hombre debe buscar libremente aquel tipo de sufrimiento que lo ayudará a plasmar su carácter y a adquirir las virtudes necesarias para alcanzar sus metas.²⁴ Luchando por sus ideales el hombre experimenta sus propias debilidades y comprende al mismo tiempo la necesidad de ser magnánimo con los demás y del valor del espíritu de reparación para seguir siendo fiel a sí mismo. “Debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir”. “No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del

²² Escrivá de Balaguer, J. *Surco*, cit., n. 949.

²³ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 175.

²⁴ Escrivá de Balaguer, J. *Surco*, cit., n. 980.

Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo”.²⁵

Una vez más es necesario volver a recordar que frente a las dificultades que todos los hombres encuentran para vencer su individualismo, cada vez más marcado, el dolor tiene un doble rol: despierta en el corazón de las personas su humanidad más profunda y refuerza las estructuras de egoísmo y de indiferencia. El dolor, aun siendo una de las experiencias más comunes, nunca pierde su capacidad de sorprendernos. En el momento en que irrumpe en nuestras vidas nos impone un esfuerzo permanente de aprendizaje y de adaptación, pues siempre tiene una dimensión de novedad: por la manera en que se manifiesta, por las causas que lo desencadenan o por nuestras mismas reacciones. En un cierto sentido, nunca estamos suficientemente preparados para acoger una experiencia difícil y dolorosa. La capacidad de aceptarla llega gradualmente, a medida que aceptamos la prueba y tratamos de sacarle el mayor provecho posible, aunque con dificultad y con momentos de rabia y rebeldía. Al dolor se lo aprende a soportar poco a poco, porque la mejor escuela de dolor es el dolor mismo. Sin embargo para que el dolor no se vuelva amargo y no nos deje menos bondadosos de lo que éramos, es importante buscar a alguien que nos ayude con su comprensión y nos permita encontrarle el sentido a lo que nos está sucediendo. Necesitamos alguien que enfrente el misterio, debido a que muchas veces nosotros sufrimos por cosas que jamás hubiéramos pensado que pudieran herir tan profundamente nuestra intimidad. El Santo Padre Juan Pablo II, escribe: “El sufrimiento humano suscita compasión, suscita también respeto, y a su manera atemoriza. En efecto, en él está contenida la grandeza de un misterio específico, el hombre, en su sufrimiento, es un misterio intangible”.²⁶

²⁵ Escrivá de Balaguer, J. “Amar al mundo apasionadamente”, 8-X-1967, en *Conversaciones*, Madrid, Rialp, 1986.

²⁶ Juan Pablo II. *Salvifici Doloris*, cit., n. 4.

2. Encuentro personal con la enfermedad y la muerte

Antes de ser un concepto por conocer, la muerte es una experiencia por vivir, de lo contrario el hombre no puede entender su significado más profundo y escondido, aquel que le permite experimentar la fragilidad intrínseca de su ser.²⁷ Este conocimiento intuitivo del límite intrínseco de nuestra existencia, sumergido en el contexto emotivo de la ansiedad, del temor y, en muchas ocasiones, de una verdadera angustia, lleva a remover la idea de la muerte, pero es necesario aprender a pensar en la muerte, para elaborarla y comprenderla.²⁸ Esto requiere un espacio interior reflexivo, con fácil acceso al mundo de los valores y los significados para contener la angustia más fuerte y penetrante que el hombre pueda experimentar: aquella de la falta de sentido. En esta perspectiva la muerte puede considerarse la mayor expresión de crisis e incertidumbre de la vida, debido a que es su negación. No es casual que antropólogos, sociólogos y psicólogos de las más variadas opiniones coloquen normalmente el tema de la muerte en el ámbito de los estudios sobre los valores y los significados de la vida. En toda cultura el tema de la muerte está relacionado al tema de la religión, a la que se le reconoce la capacidad de dar un significado a la vida, especialmente cuando las crisis y las incertidumbres hacen difícil su comprensión, tanto es así que toda religión da una explicación de la muerte en términos de esperanza y certezas, es decir, de vida, como si la muerte misma no interrumpiera definitivamente la vida, sino que modificara solamente su manera de manifestarse.²⁹ “*Dominus regit me et nihil mihi deerit. ¿Qué puede inquietar a un alma que repita de verdad esas palabras?*”³⁰

El encuentro con la Muerte es, para cada uno de nosotros, un momento crítico en el que el pasado con todas nuestras buenas obras y nuestras

²⁷ Izard, C. E.; Kagan, J.; Zajonc, R. *Emotions, cognition and behavior*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, pp. 75-88.

²⁸ Bruni, R. “Emozioni, affetti e sentimenti”, en *Persona, Paziente, Cliente*, Roma, SEU, 2000, p. 40.

²⁹ Acquaviva, S. *Leclissi del sacro nella civiltà industriale*, Milán, Comunità, 1971, pp. 45-55.

³⁰ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 760.

miserias, con nuestras penas y sufrimientos, se une estrechamente a la esperanza de un futuro que toma sentido en la misericordia de Dios, en su Amor y su paciencia. Sólo bajo esta perspectiva es posible enfrentar el miedo natural a la muerte: “Un hijo de Dios no tiene ni miedo a la vida ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de la filiación divina: Dios es mi Padre, piensa, y es el Autor de todo bien, es toda la Bondad. . .”³¹ El enfermo grave, ante la proximidad de su encuentro con Dios, procura acercar a Dios también a las personas que le rodean, y este encuentro recobra un efecto purificador, dramático y sereno al mismo tiempo. Si se tiene conciencia de ser hijos de Dios, el miedo se atenua aún cuando sabemos que la paternidad de Dios alivia, pero no nos evita los dolores ni el sufrimiento, dado que ni siquiera se los evitó a su Hijo predilecto. Sin embargo por cada dolor o sufrimiento, soportados con amor, su amor por nosotros crece, y crece la calidad del premio que nos espera en el Cielo. “Si el primer gran capítulo del Evangelio del sufrimiento está escrito, a lo largo de las generaciones, por aquellos que sufren persecuciones por Cristo, igualmente se desarrolla a través de la historia otro gran capítulo de este Evangelio. Lo escriben todos los que sufren con Cristo, uniendo los propios sufrimientos humanos a su sufrimiento salvador (. . .) no sólo el hombre descubre el sentido salvífico del sufrimiento, sino sobre todo en el sufrimiento llega a ser un hombre completamente nuevo. Halla como una nueva dimensión de toda su vida y de su vocación”.³²

En este párrafo de la encíclica de Juan Pablo II sobre el dolor, nos parece encontrar un eco profundo a las palabras de San Pablo sobre el hombre nuevo: de hecho es el dolor que vuelve nuevo al hombre y le permite descubrir otros horizontes para su vocación, dando un vuelco a la cultura hedonista y consumista que caracteriza al hombre viejo. Es natural que la muerte, por su carácter irrevocable, nos asuste, porque la sentimos instintivamente como el final de nuestra vida. En estos casos la experiencia del dolor no aceptado y no re-elaborado, puede alejarnos de Dios considerándolo el artífice injusto de una situación dolorosa. La

³¹ Escrivá de Balaguer, J. *Forja*, cit., n. 987.

³² Juan Pablo II. *Salvifici Doloris*, cit., n. 26.

misericordia de Dios se disuelve en la percepción deformada de su falta de amor hacia mí, aquí y ahora, y parecería que Dios fuera un interlocutor hostil a mi proyecto personal, un enemigo por temer. Es un itinerario peligroso, pues en la medida en que el hombre no cree que Dios se ocupa de él, deja de ocuparse automáticamente de los demás y se encierra en su egoísmo. El victimismo le resulta fundamental para justificar la falta de disposición hacia el otro y la rebelde oposición a los planes de Dios: “Te encuentras solo... , te quejas... , todo te molesta. –Porque tu egoísmo te aísla de tus hermanos, y porque no te acercas a Dios”.³³

En la vida del Beato Josemaría, aún niño, la experiencia de la muerte de sus hermanas más pequeñas suscita la certeza de que antes o después él también deberá pasar por este momento. Y la idea de la muerte no lo abandona, como deja intuir esa conducta en apariencia de despecho, que le hace decir, mientras destruye un castillo de cartas hecho por unos niños amigos suyos: “Eso mismo hace Dios con las personas: construyes un castillo y, cuando casi está terminado, Dios te lo tira”.³⁴ La experiencia de la muerte marca a los niños no menos que a los grandes, pero no por ello hay que evitarla, como si fuera un hecho negativo. Hoy en día los niños tienen frecuentemente una experiencia de la muerte sólo virtual, a través de la televisión, como si fuera un juego del cual es fácil salir sin consecuencias. De esta manera pierden la posibilidad de comprender cómo muchas de nuestras acciones pueden ser irrevocables y por lo tanto exigen responsabilidad; aquel sentido de responsabilidad que nos hace maduros, confiables, capaces de distinguir entre la cultura de lo efímero y la cultura de los valores. Es un error típico de nuestro tiempo el tratar de limitar esta experiencia de la muerte que representa quizás el último de los tabúes de nuestro siglo. Por el contrario es una experiencia de la cual es necesario hablar para encontrar un significado a las muchas pérdidas, que caracterizan nuestra existencia y para aprender el modo de enfrentar el luto en la vida cotidiana: se trata de superar la muerte, introduciéndola en lo cotidiano de la vida.³⁵

³³ Escrivá de Balaguer, J. *Surco*, cit., n. 709.

³⁴ Vasquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 50.

³⁵ Cullman, O. *Immortalità dell'anima o risurrezione dei morti?*, Brescia, Paideia, 1970, pp. 83-95.

La muerte pertenece a la vida, ayuda a comprender el valor de los afectos y a encarar las situaciones con la correcta seriedad: “El pensamiento de la muerte te ayudará a cultivar la virtud de la caridad, porque quizá ese instante concreto de convivencia es el último en que coincides con éste o con aquél...: ellos o tú, o yo, podemos faltar en cualquier momento”.³⁶ Pensar en lo fugaz de la vida nos ayuda, por un lado, a atribuir un valor mayor a los hechos, a captar su maravillosa unicidad, y por el otro nos ayuda a proyectarnos hacia horizontes más amplios: “A los ‘otros’ la muerte les para y sobrecoge. –A nosotros, la muerte –la Vida– nos anima y nos impulsa. Para ellos es el fin: para nosotros, el principio”.³⁷ Y sostiene luego: “No tengas miedo a la muerte. –Acéptala, desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., cómo Dios quiera..., dónde Dios quiera. –No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios. – ¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!”³⁸

No hay que temerle a la muerte, aunque no puede dejar de darnos una sensación de incertidumbre y desazón, hay que acompañarla siempre con la idea de la misericordia de Dios y de la certeza de su amor. Separar la Muerte del Amor llena al hombre de miedo, mientras que entretener con fuerza estas dos realidades nos ayuda a buscar la intimidad con Dios a cada instante, para tener la valentía de interrogarlo, preguntándole sobre lo más importante de nuestra vida: “Lo quieres, Señor?” y contestar luego: “Yo también lo quiero!”.³⁹ La muerte y la vida para el Beato Josemaría representan simplemente las etapas de un itinerario más largo que conduce al encuentro personal con el Padre. Un itinerario difícil, en el que también las alegrías que afortunadamente lo acompañan tienen raíces con forma de cruz: “*In laetitia, nulla dies sine cruce*”,⁴⁰ a pesar de que lo llevan a sostener que sería ingenuo negar la constante presencia del dolor y del descorazonamiento, de la tristeza y de la soledad, durante nuestro camino en la tierra. Con la sabiduría con que el Fundador del

³⁶ Escrivá de Balaguer, J. *Surco*, cit., n. 895.

³⁷ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 738.

³⁸ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 739.

³⁹ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 762.

⁴⁰ Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa*, cit., nn. 176-177.

Opus Dei recuerda que no es posible abstraerse al encuentro con el dolor en la gran variedad de formas en las que se puede presentar, está siempre la exhortación a ser valientes y a salir al encuentro de los demás llevándoles un signo concreto del amor de Dios, que los ama a través de nosotros. “Cara a la muerte, ¡sereno! –Así te quiero. –No con el estoicismo frío del pagano; sino con el fervor del hijo de Dios, que sabe que la vida se muda, no se quita. –¿Morir?... ¡Vivir!”⁴¹

Para el Beato Josemaría el lecho del enfermo es al mismo tiempo una cátedra y un trono: una manera insustituible para aprender y una manera igualmente preciosa para inclinarse ante el misterio del dolor. El sufrimiento del enfermo es mayor cuando el enfermo se siente solo o teme ser un peso para su familia. Es un factor importante para no caer en la tentación de la eutanasia, que comienza de manera subrepticia precisamente con este abandono, legitimado por una filosofía de vida que primero empobrece los núcleos familiares y luego los hace estériles en el plano de los afectos y de la disponibilidad. La batalla contra la eutanasia no se combate sólo desde el punto de vista legal o con sesiones científicas en un congreso sobre los enfermos terminales. Esta batalla comienza con un doble frente: con la capacidad de amar y de sacrificarse por aquellos que se ama⁴² y con la capacidad de dar un sentido al dolor.

⁴¹ Escrivá de Balaguer, J. *Surco*, cit., n. 876.

⁴² Juan Pablo II. *Evangelium Vitae*, 1995, n. 34.

3. La capacitación de los médicos y de los enfermeros, en el proyecto universitario diseñado por el Beato Josemaría Escrivá: estilo personal y profesional

El Proyecto formativo que las Universidades están llevando adelante en la actualidad carece de una estructura cultural rigurosa, vinculada a un contexto de valores intelectuales y morales a asumir libre y coherentemente por quienes realizan una tarea de enseñanza y de investigación. La fragmentación del saber, el relativismo escéptico de la cultura, un cierto liberalismo sin precisas responsabilidades respecto a los estudiantes y a la misma Institución en donde se desarrolla el propio trabajo, han creado un clima particularmente difícil, sobretodo para aquellos ambientes de estudio que proponen al hombre como objeto y sujeto. El Beato Josemaría Escrivá en un discurso académico afirmaba:

“Es necesario que la Universidad forme a los estudiantes en una mentalidad de servicio: servicio a la sociedad, promoviendo el bien común con su trabajo profesional y con su actuación cívica. Los universitarios necesitan ser responsables, tener una sana inquietud por los problemas de los demás y un espíritu generoso que les lleve a enfrentarse con estos problemas y a procurar encontrar la mejor solución. Dar al estudiante todo eso es tarea de la Universidad...” A una pregunta anterior sobre los fines esenciales de la Universidad, había contestado diciendo: “No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación, y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado. La religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma –que no se aquieta– si no trata y conoce al Creador: el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la Universidad y ha de enseñarse a un nivel superior, científico...”⁴³

⁴³ AA. VV. *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*. Pamplona, EUNSA, 1993, entrevista de A. Garrigò, pp. 135-136.

El paradigma que propuso como base de la Universidad, se construye en torno a dos polos bien definidos: por una parte la unidad del saber y por la otra, la unidad de vida. También Juan Pablo II subrayaba esta visión académica en un discurso a los docentes universitarios en el que afirmaba que: “El vínculo entre el Evangelio y el hombre es desde su cimiento fuente de cultura porque enseña a amar al hombre con su humanidad y su excepcional dignidad. La síntesis entre cultura y fe no sólo es una exigencia de la cultura sino también de la fe. Una fe que no es al mismo tiempo cultura es una fe no plenamente aceptada, no totalmente pensada y no fielmente vivida”.⁴⁴

En las Facultades de Medicina el riesgo del relativismo ético, señalado varias veces por Juan Pablo II como causa de la pérdida del sentido de la dignidad humana, es evidente sobre todo en la relación médico-paciente, que actualmente corre el riesgo de ser absorbida en una suerte de anonimato institucionalizado. La centralidad del paciente para quienes se desempeñan en el ámbito sanitario tiene un innegable valor ético. La experiencia de la enfermedad, poniendo de relieve la necesidad que tenemos los unos de los otros, crea en esta situación de fragilidad una singular red de comunicación entre los interlocutores, profesionales calificados por una parte, y los familiares, los amigos del enfermo por la otra.

La soledad puede convertir en invivible una enfermedad que no es grave, debido a que pone en evidencia la traición a nuestra humanidad no compartida, sobre todo cuando mayor es la necesidad de asistencia, mientras la consciencia de la debilidad personal representa una oportunidad valiosa para reforzar lazos o para crear otros nuevos. El Beato Josemaría escribe en *Camino*: “—Niño. —Enfermo. —Al escribir estas palabras, no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula? Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son Él”.⁴⁵ La centralidad del enfermo en el entero sistema socio-sanitario es un parámetro con una fuerte significatividad ética, que actualmente

⁴⁴ Juan Pablo II. *Discurso a los representantes del mundo universitario académico y de la investigación*, 3.XI.82, Ciudad del Vaticano, LEV, 1983.

⁴⁵ Escrivá de Balaguer, J. *Camino*, cit., n. 419.

se está convirtiendo en el punto crucial en torno al que rotan todos los programas de *Best Evidence Medical Education*. La mejor educación posible para un médico y un enfermero, es aquella que lo ayude a vivir la propia misión⁴⁶ con la máxima aptitud humana y no sólo técnico-científica, hacia los enfermos, los familiares y los colegas.⁴⁷

En el campo de la ética médica, en estos últimos años, se ha pasado de una actitud paternalista, en donde el médico asumía sobre sí mismo la responsabilidad de las decisiones respecto al paciente, a la necesidad de solicitar el consenso de este último luego de haberlo informado debidamente sobre las alternativas y las eventuales consecuencias de cada tratamiento. Actualmente y para subrayar aún más la dignidad del enfermo se tiende a hacerlo participar en los procesos decisionales, haciendo de él un *partner*, llegando inclusive a una decisión consensuada. Sin embargo, más allá de las buenas intenciones de las efectivas modalidades de participación, es bastante claro que si participar en primera persona en los procesos decisionales ayuda a algunas personas a dominar mejor ciertos estados de ansiedad, existen muchas otras que desean ponerse en manos del médico, de su conocimiento y de su postura profesional, confiando en su sentido de responsabilidad. La diversidad de cultura que no significa una posición de inferioridad; los diversos niveles de estados emotivos entre el paciente y el profesional; el diferente impacto de las consecuencias entre ambos protagonistas del proceso diagnóstico-terapéutico, crea una asimetría natural que nada quita a la recíproca dignidad. Por el contrario, exalta el sentido de la recíproca responsabilidad. El médico en estos casos no debe temer el colocar en juego una relación que presenta muchas analogías con la relación de paternidad, asumiendo sobre sí una parte del ansia y de las naturales incertidumbres del paciente y de sus familiares, para ayudarlo a re-elaborar sus preocupaciones a la luz de su específica y más madura experiencia profesional. No se trata de caer en aquel tipo de paternalismo, que se atrinchera detrás de una pretendida

⁴⁶ Biggs, J. S. G. "A good guide for postgraduate educators: lessons learned in Britain", en *Medical Teacher*, 1998, vol. 20, n. 3.

⁴⁷ Blizard, P. "International standards in medical education or national standards/primary health care – which direction?", en *Social science and medicine*, 1991, 33: 1163-1170.

superioridad de “padre-*padrone*” y de humillar al paciente imponiéndole decisiones que no comprende totalmente. Por el contrario, es un verdadero ejercicio de aquel sentido de paternidad, que coloca sus raíces en la paternidad de Dios, que luego de haber creado el hombre no deja nunca de cuidarlo, usando todos los recursos para ayudarlo, aun sin sobrepasar los límites de su libertad. El Beato Josemaría hablando a un grupo de médicos en la Universidad de Navarra señalaba la estrecha afinidad que existe entre este tipo de trabajo y lo que el Señor ha hecho sobre la tierra cuidando tantos enfermos y curándolos con gran misericordia.

“Es médico y cura nuestro egoísmo, si dejamos que su gracia penetre hasta el fondo del alma. Jesús nos ha advertido que la peor enfermedad es la hipocresía, el orgullo que lleva a disimular los propios pecados. Con el Médico es imprescindible una sinceridad absoluta, explicar enteramente la verdad y decir: *Domine si vis poter me mundare* (Mt. VIII, 2). Señor si quieres –y Tú quieres siempre– puedes curarme. Tú conoces mi flaqueza; siento estos síntomas, padezco estas otras debilidades. Y le mostramos sencillamente las llagas; y el pus, si hay pus. Señor, Tú, que has curado a tantas almas, haz que al tenerte en mi pecho o al contemplarte en el sagrario, te reconozca como Médico divino”.⁴⁸

En su insistencia sobre la sinceridad completa con el enfermo, está el respeto por su libertad y su consecuente sentido de responsabilidad. Contextualmente recuerda al médico la necesidad de conocer no sólo las enfermedades sino al enfermo: “Tú me conoces porque conoces mi debilidad...” A pesar de que la medicina haya pasado del antiguo enfoque teúrgico a aquello más científico, propio de nuestra cultura, el enfermo continúa poniéndose en manos del médico, porque ve en él un signo concreto de sabiduría y de la misericordia de Dios, la esperanza que aquel Dios que lo ha creado no lo abandone en este momento concreto. La actitud “paternalista” del médico no es el fruto de un modo arrogante de colocarse delante al paciente, sino que representa el reflejo de la paternidad que expresa el signo

⁴⁸ Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa*, cit., n. 93.

concreto del amor de Dios por los hombres. El Beato Josemaría, sobre la base de la doble experiencia vivida en su familia y de su relación con Dios, hacía de la paternidad el eje de toda su acción educativa respecto a sus hijos. Una paternidad que lo llevaba a ser tierno y exigente al mismo tiempo, fuerte y delicado en sus discursos, sin perder nunca de vista la integridad de la persona que tenía delante. Por este motivo recordaba a todos los profesionales que se ocuparan de los enfermos y que no se olvidaran nunca de esta dimensión afectiva y efectiva tan profundamente humana. Saber dar a los propios enfermos el sentido de una responsabilidad fundada sobre una paternidad generosa representaba para él un valor agregado y no un acto de arrogancia.⁴⁹ Para inculcar en los médicos este fuerte sentido de paternidad, sin caer en un paternalismo equivocado, es necesario estimular en ellos –junto al rigor intelectual– una inteligencia emotiva⁵⁰ capaz de anticipar las necesidades del otro para encontrar con ímpetu creativo nuevas soluciones. Se trata de una nueva dimensión ética, que define en modo sustancial la profesionalidad y representa un parámetro de referencia importante para elevar la calidad.

El Beato Escrivá recuerda a los médicos esta dimensión única del encuentro personal con el paciente, y para contrastar el riesgo de la rutina, pide al médico mantener su corazón profundamente en el de Cristo. No se trata de sentimentalismo, sino de la fuerte convicción de que no se puede ejercer la medicina como cualquier otro oficio... ni siquiera sólo por amor a la ciencia. Análogamente a los enfermeros, cuando alguna vez le preguntaron cómo poder mejorar el propio trabajo, respondía:

“ (...) Es necesario que haya muchas enfermeras cristianas. Porque vuestra labor es un sacerdocio, tanto y más que el de los médicos. Iba a decir que más, porque tenéis la delicadeza –perdonadme la cursilería–, la inmediatez, porque estáis siempre junto al enfermo

⁴⁹ Edwards, M.J.J. & Aldous, I.R. “Attitudes to and knowledge about elderly people: a comparative analysis of students of Medicine, English and Computer Science and their teachers”, en *Medical Education*, 1996, vol.30, n. 3.

⁵⁰ Goleman, D. *Lintelligenza emotiva*, Milán, Rizzoli, 1997, p. 28.

(...) De manera que pienso que ser enfermera es una vocación particular de cristiana. Pero para que esa vocación se perfeccione, es preciso que seáis unas enfermeras bien preparadas, científicamente, y luego que tengáis una delicadeza muy grande”.⁵¹ En otra ocasión perfilando mejor su pensamiento, dijo: “¡Dios os bendiga! Pensad que estáis sirviendo a la familia de Nazaret, que aquel enfermo es Cristo. Lo ha dicho Él, ¿te acuerdas? O que es la Madre de Dios. Trátame los con caridad, con cuidado, con delicadeza. Que no le falte nada; sobre todo los auxilios espirituales. Prepáralos bien (...)” Y añadía en otra ocasión a palabras muy semejantes: “Rezo por vosotras, porque pienso en el bien y en el mal que podéis hacer. Si una persona está preparada, hasta bruscamente se le puede decir, sin inconveniente alguno, la verdad sobre su estado. Si no se encuentra preparada, aprovecha cualquier ocasión para que se confiese y comulgue y para que vuelva a comulgar. Y llega un momento en que esas criaturas tan enfermas están como deseando que les digan que se van al cielo. Yo conozco casos muy hermosos...”⁵² A los médicos, en más de una ocasión señaló la dimensión sacerdotal de su trabajo, diciendo: “Me conmuevo –decía– cuando me cuentan algo que muchos de vosotros habréis experimentado. Los médicos no tienen más remedio que hacer como los confesores, pero en lo material: y los médicos aquí no se ocupan sólo de lo material, sino también del alma (...) Todo el mundo me comenta lo mismo: ¡Qué delicadeza! ¡Qué atenciones! Se ve que manejan su ciencia; pero sobre todo además de ser unos grandes hombres y unos grandes médicos, tienen una delicadeza extraordinaria.”⁵³

Hoy el médico olvida frecuentemente la necesidad basilar de establecer con el propio paciente una relación de confianza.⁵⁴ Parecería que la confianza se pone en el tratamiento y no en la persona que de este tratamiento se hace garante. Existe en la medicina oficial una

⁵¹ Herranz, G. “Palabras de Mons. J. Escrivá de Balaguer a médicos y enfermos”, en *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, EUNSA, 1978, p. 159.

⁵² Herranz, G. *Op. cit.*, p. 161.

⁵³ Herranz, G. *Op. cit.*, p. 159.

⁵⁴ Goleman, D. *L'intelligenza emotiva, op. cit.*, p. 74.

suerte de burocratización, que arruina la relación y la reduce a un intercambio de información y de prescripciones, en donde las estadísticas toman el puesto de la comunicación interpersonal. Asumen un relieve particular las palabras que el Fundador del Opus Dei ha repetidamente dicho a médicos y enfermeros. Delante de un ortopédico que le preguntaba cómo evitar la rutina en el ejercicio de la propia profesión, respondió:

“Ten presencia de Dios, como ya lo haces. Ayer estuve con un enfermo al que quiero con todo mi corazón de Padre, y comprendo la gran labor sacerdotal que hacéis los médicos. Pero no te pongas orgulloso, porque todas las almas son sacerdotales. ¡Hay que actuar ese sacerdocio! Cuando te laves las manos, cuando te pongan la bata, cuando te metas los guantes, tú piensa en Dios, y piensa en ese sacerdocio real del que habla San Pedro: y tú entonces no tendrás rutina. Harás bien a los cuerpos y a las almas”.⁵⁵ El Beato Josemaría subrayando la dimensión ética del proceso de educación de los médicos y de los enfermeros ha recordado siempre que: “Salvarán este mundo nuestro –permitid que os le recuerde–, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta. Porque el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres. Es un Padre que ama ardientemente a sus hijos. Un Dios Creador que se desborda en cariño por sus criaturas. Y concede al hombre el gran privilegio de poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio”.⁵⁶

Otro aspecto importante en la educación ética tiene su fundamento en la relación entre libertad y verdad, en el sentido obvio aunque olvidado, de que la libertad está en la verdad y mediante la verdad; porque sólo la verdad nos hace libre y sólo junto a la libertad de quien se hace preguntas no convencionales sobre las razones de los

⁵⁵ Herranz, G. *Op. cit.*, p.158.

⁵⁶ AA. VV. *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, Pamplona, EUNSA, 1993, p. 108.

hechos y los eventos que suceden frente a sí, impulsa y sostiene el hombre en la búsqueda siempre en curso y nunca completamente exhaustiva de la verdad. La posibilidad de elegir en situaciones nuevas y complejas, queda de este modo fuertemente vinculada a aquello que la curiosidad lleva a buscar y que la razón muestra como verdadero, porque revela su significado más profundo. La fundamentación metafísica es importante para describir la dimensión semántica de toda la acción técnico-científica porque ayuda a estudiantes y estudiosos a ir más allá de la evidencia del dato para llegar a su significado. Sólo así, con un fuerte compromiso ético personal, no separado del sufrimiento que puede causar la incomprensión y el egoísmo, se puede superar la posible dicotomía entre las ciencias llamadas positivas y la bioética. “La Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública”.⁵⁷

El punto de encuentro está en el saber que la verdad existe pero su búsqueda nunca tendrá un final porque el hombre, debido a sus límites intrínsecos, no puede poseerla en modo exhaustivo y definitivo. Están en juego contemporáneamente el coraje de la inteligencia y su humildad. “El desarrollo de la ciencia y de la técnica –testimonio espléndido de las capacidades de la inteligencia y de la tenacidad de los hombres–, no exime a la humanidad de plantearse los interrogantes religiosos fundamentales, sino que más bien la estimula a afrontar las luchas más dolorosas y decisivas, como son las del corazón y de la conciencia moral.”⁵⁸

El tema de la muerte representa uno de los puntos cruciales en la actual capacitación del médico, pero el enfoque no puede ser sólo de

⁵⁷ Ponz, F. “La educación y el quehacer educativo”, en *En memoria de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Pamplona, EUNSA, 1976, p. 109.

⁵⁸ Juan Pablo II. Carta Encíclica *Veritatis Splendor*, n. 1, LEV, 1993.

naturaleza técnico-científica o económico-organizativa, sino que debe recuperar lo antes posible la dimensión profundamente humana, abierta a los valores de las relaciones interpersonales incluidas aquellas con los familiares y con Dios, considerado el interlocutor personal más significativo. Todo requiere una renovada capacidad de pensar la muerte por parte de quienes están expuestos día a día al contacto con ella no en sentido especulativo, sino con la persona que muere, con su historia personal de alegrías y de dolores. “Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte”. La apertura a la muerte requiere una iniciación que permita al paciente ver su propia vida como un proyecto con un fin, propio de quien ha vivido como protagonista de eventos grandes y pequeños, pero siempre cargados de significado para sí mismo y para los demás. Asistir al enfermo que muere o al anciano que se apaga representa una exigencia ética entre las más altas para el personal sanitario, que no puede removerla atrincherándose detrás de una genérica falta de tiempo basada en la aparente inutilidad del propio quehacer.

La responsabilidad se construye como una relación ética de tipo asimétrico entre la vida y la muerte, que obliga a cuidar del otro y no sólo a curarle. Si es verdad que la muerte es una característica integral de la vida y no su extrínseca y casual ofensa, y como tal es necesaria y digna, en consecuencia la ética del vivir es la que debe iluminar el tiempo de la muerte. Es el concepto de vida, no aquel de la muerte, que en definitiva gobierna la cuestión del derecho a morir con la calidad con que se ha vivido.⁵⁹ “La muerte, hijos míos, no es un paso desagradable. La muerte es una puerta que se nos abre al Amor, al Amor con mayúscula, a la felicidad, al descanso, a la alegría. No hay que esperarla con miedo. Realmente un médico la considera desde otros puntos de vista: pero un médico cristiano como tú –yo me he dado cuenta de cómo lo ves, ¡que Dios te bendiga!– debe mirarla de un modo positivo. Y los demás también. No es el final, es el principio. Para un cristiano morir no es morir; es vivir. Vivir con mayúscula. De modo que no tengáis miedo a la muerte. Enfrentaos con la muerte. Dad la cara. Contad con ella; tiene que venir. . .

⁵⁹ Von Franz, M.L.; Frey-Rohn, L.; Jaffé, A.; Zoja, L. *Incontri con la morte*, Milano, Raffaello Cortina Editore, 1984.

¿Por qué vas a tener miedo? Esconder la cabeza debajo del ala con miedo, con pánico, ¿por qué? Señor, la muerte es la vida. Señor la muerte para un cristiano es el descanso, y es el Amor y de ahí no salgo. ¿Era esto lo que tu querías que te dijera?”⁶⁰

La circularidad del tiempo que une la vida y la muerte, abarca la vida entera de la persona y aun desplegándose en forma cronológica, se orienta hacia un esfuerzo de re-apropiación y de participación oportuna y significativa de quién se ama y de cómo se ama. La idea y la realidad de la muerte se convierten en una invitación a redescubrir la proximidad de la persona y en consecuencia la solidaridad con los demás.⁶¹ Esta atención va más allá del aspecto puramente técnico, pragmático, y presupone la recuperación de una actitud ‘contemplativa’ que Jonás ha definido como un verdadero y propio ‘derecho’ del enfermo, “ínsito en la dignidad humana”, a la propia muerte; algo que no se refiere al ámbito del hacer sino del ser. La visión subjetiva de la vida y de la muerte, construida en torno a la experiencia personal, permite recuperar el concepto de asistencia no simplemente como un ‘hacer’ sino como un ‘estar’, es decir, estar cerca del enfermo para ofrecerle todo el apoyo que necesita. “Esa fidelidad delicada, operativa y constante –que es difícil, como difícil es toda aplicación de principios a la mudable realidad de lo contingente– es por eso la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental”.⁶²

Conclusiones

El largo itinerario que cada hombre debe recorrer para alcanzar la plena madurez presenta generalmente unas etapas caracterizadas por una intensa experiencia de dolor y de sufrimiento, que no pueden ser evitados. En el inicial intento de huir de estos encuentros, que suscitan una natural repulsión, la reflexión personal puede alcanzar nuevos significados y considerar los valores más profundos donde

⁶⁰ Herranz, G. *Op. cit.*, p. 160.

⁶¹ Defanti, C.A. *Vivo o morto. La storia della morte nella medicina moderna*, Milano, Zadig, 1999, pp. 104-111.

⁶² Escrivá, J. *Conversaciones*, cit., n. 1.

fundar nuestra vida. El sufrimiento personal representa el indispensable momento en que nuestro carácter pierde ciertas susceptibilidades y ciertas durezas, para dulcificar sus tratos y adquirir una mayor comprensión y magnanimidad respecto de los demás, de sus debilidades y sus sufrimientos. En esta lógica el dolor permite trazar un puente entre nosotros y los otros en la experiencia del límite personal en que se funda la honda convicción de la recíproca necesidad de ayuda de la que el hombre no puede prescindir si quiere conservar el sentido de su dignidad y de su humanidad.

Por este motivo en la capacitación del médico y del enfermero no se puede olvidar que cada uno de nosotros se enfrentará antes o después con el sufrimiento. Y que el mismo trabajo de capacitación es, en la reciprocidad de las relaciones, causa de sufrimientos para quien educa y para quien es educado. Evitar o postergar el contacto con el dolor es frecuentemente improductivo y nocivo porque genera personalidades débiles y poco realistas, en gran parte egoístas, mientras el verdadero desafío educativo está en el enseñar a hacer frente con coraje al dolor, recordando que aprender a sufrir significa aprender a pedir y ofrecer ayuda. Desde el punto de vista humano, el dolor es siempre escuela de solidaridad y oportunidad concreta para vivir aquella recíproca generosidad, que concretiza el amor que quisiéramos dar y recibir.

El dolor es la piedra de toque del amor, dice repetidamente y de varios modos el Beato Josemaría Escrivá, que no ha renunciado nunca al sufrimiento personal asumiendo libremente sobre sí toda la variada riqueza de los diversos tipos de dolor con que el Señor ha querido robustecer su alma, para hacer de él un instrumento dócil y eficaz a la gracia. Su autoridad de Maestro para tantos hijos de tantas diferentes condiciones de edad, cultura, contexto socioeconómico, etc., se funda sobre la fuerza del ejemplo de un Padre que utilizando todos sus recursos ha hecho todo lo posible para acercar a cada uno de nosotros a Dios. Cargando sobre sí generosamente toda la responsabilidad de una paternidad espiritual llena de ternura y de exigencia que exige a cada uno de sus hijos ser santos en lo concreto de la vida cotidiana, sin escapar nunca a las inevitables dificultades de cada día.

El Fundador del Opus Dei nunca perdió de vista que el dolor, vivido sin filiación y sin fraternidad, en definitiva sin perspectiva humana y sobrenatural, puede alejar de Dios haciendo a las personas rencorosas, como sucede cuando pensamos haber sufrido situaciones que no sabemos y no queremos perdonar. Por este motivo mientras recordaba que sin una auténtica capacidad de sufrir con los demás y para los demás es imposible amar, invitaba a cuidar a los unos de los otros y a perdonarse recíprocamente; a no perder nunca de vista el ejemplo del Señor, muerto en la cruz por cada uno de nosotros. Para aliviar este itinerario, que en ciertos momentos hubiera podido parecer demasiado duro, sugería recorrerlo junto a la Virgen María, a quien pedía frecuentemente y con la devoción de un hijo, que no se olvidara nunca de que era su Madre: "*Monstra Te esse Matrem*". De este modo todo dolor se hace más soportable.